LA FILOSOFÍA DE LA TÉCNICA DE ORTEGA Y GASSET. FUNDAMENTOS Y ACTUALIDAD

ALONSO FERNÁNDEZ, Marcos: *Ortega y la técnica*.
Madrid: CSIC / Plaza y Valdés, 2021, 324 p.

MARGARIDA I. ALMEIDA AMOEDO
ORCID: 0000-0002-7145-4347

El autor de este valioso libro sobre la filosofía de la técnica de Ortega ha estudiado, durante su licenciatura y posgrado, en la Universidad Complutense de Madrid. Gracias a su formación filosófica, con Máster en Estudios Avanzados y Máster en Formación del Profesorado, ha enseñado, por ejemplo, en universidades de Ecuador y Chile, antes de regresar a su *alma mater*, ahora como profesor ayudante en la Facultad de Medicina. Este trayecto intelectual y profesional dice ya algo sobre la solidez del trabajo de Marcos Alonso, que, a pesar de su edad, ha publicado, durante los últimos años, numerosos ensayos, en revistas y libros, sobre ética, bioética, técnica y algunos temas de eco-biología, neurociencia y pedagogía, en muchos casos teniendo el pensamiento filosófico de José Ortega y Gasset como acicate de sus publicaciones.

En *Ortega y la técnica* –que comenzó por ser su tesis doctoral, desde luego excelentemente defendida, en 2017–, Marcos Alonso revela un gran conocimiento de los textos de Ortega y Gasset y una comprensión profunda de la relevancia y de los matices de la técnica en todas las etapas de la obra orteguiana. El libro tiene un índice, además de interesante, muy bien desarrollado en cinco grandes capítulos, an-

tecedidos por una breve “Introducción” general (cf. pp. 11-13) y rematados por un apartado de “Conclusiones” (cf. pp. 303-309). Cierra el volumen una “Bibliografía” que, sin ser exhaustiva, es bastante amplia.

Desde las primeras páginas, Marcos Alonso se dispone a “afrontar el reto de entender la propuesta orteguiana y demostrar el potencial que sus reflexiones sobre la técnica tienen para comprender el mundo de hoy” (pp. 12-13). Sabe que la tarea no es fácil, por reconocer que las concepciones heideggeriana y frankfurtiana de la técnica, tan exitosas en el siglo XX, han contribuido para una lectura falsa de las de Ortega como *ingenuas*, *humanistas*, hasta incluso simplistas. Le va a ser inevitable, por una parte, sopesar, con recurso a autores como Carl Mitcham, Ignacio Quintanilla o Armando Chiappe, el significado histórico de la constitución de la filosofía de la técnica como ámbito epistemológico específico y, por otra parte, atender a la especial contribución de Ortega para una noción de la técnica como fenómeno vital, cuya radicación bioantropológica no disminuye, sino que enriquece filosóficamente la correspondiente doctrina. A este respecto, Marcos Alonso, que introduce la cuestión en el capítulo I, se desmarca de las críticas de Pedro Cerezo o de Onofre Rojo (cf. pp. 31-38) y procura situarse incluso más allá de la discusión sobre el pesimismo u optimismo orteguiano en cuanto a la técnica. Una discusión semejante es “en último término, vacía” (p. 40) si se considera “el complejo y problemático planteamiento de Ortega”

Cómo citar este artículo:

Almeida Amoedo, M. I. (2023). La filosofía de la técnica de Ortega y Gasset. Fundamentos y actualidad. Reseña de “Ortega y la técnica”, de Marcos Alonso Fernández. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (47), 207-212.

<https://doi.org/10.63487/reo.65>

Revista de
Estudios Ortegaianos
Nº 47. 2023
noviembre-abril

(p. 41) como una “postura equilibrada” frente a la técnica, como subraya Marcos Alonso en línea con Patrick Dust (cf. p. 44).

Para sostener sus tesis sobre la importancia y el sentido de la técnica en Ortega, el autor del libro en análisis hace en el capítulo 2 (cf. pp. 45-87) un recorrido bibliográfico que le permite evidenciar no solo la omnipresencia del asunto a lo largo de la producción orteguiana, sino también las precisiones que la maduración del filósofo acarrea. Desde “Glosas inactuales”, de 1902, hasta “El hombre y la medida de la tierra”, de 1954, Marcos Alonso enseña cómo, en textos de muy diferente extensión y propósito, Ortega, potenciando la idea de educabilidad de Kant, y una ética del perfeccionamiento de inspiración nietzscheana, establece muy temprano las bases de su visión de la condición técnica del hombre. Es cierto que, durante las primeras dos décadas del siglo XX, empezó por elogiar la ciencia subordinándole la técnica y estuvo bajo la influencia de las concepciones de los neokantianos de Marburg; pero sus estudios, sobre todo de biología, etnología y etnografía vendrían a proporcionarle elementos pertinentes para la consolidación de una metafísica de la vida humana en la cual la relación entre yo y circunstancia no se limita a intereses utilitarios, ni de mero funcionamiento químico-biológico, y se convierte en construcción de un ser que se destaca por su margen de libertad y por su antinatural capacidad de ensimismamiento. Así, cuando llegan los años treinta, la filosofía orteguiana está ya preparada para dar el máximo protagonismo a la técnica, lo que ocurre en *La rebelión de las masas*, con su “resaca de textos di-

rectamente influidos por ella” (p. 67), y de forma capital en *Meditación de la técnica*, el curso inicialmente intitulado “¿Qué es la técnica?”

Marcos Alonso sostiene que “es muy importante no restringir el tema de la técnica en Ortega a su referencia explícita al mismo, sino que hay que fijarse en todos los temas antropológico-metafísicos que forman parte de su constelación conceptual” (p. 80), directrices que su libro cumple enteramente. Antes de explicitar los textos que desde su título apuntan la centralidad de la técnica en las meditaciones orteguianas, todo el capítulo 2 propone cuestiones fundamentales para la reflexión a su respecto en otros textos, tanto anteriores como posteriores a *Meditación de la técnica*. Es señalada su articulación con los cursos universitarios más cercanos, como *¿Qué es filosofía?*, “Sobre la realidad radical”, “[¿Qué es la vida? Lecciones del curso 1930-1931]”, “¿Qué es el conocimiento?”, “Principios de metafísica según la razón vital”, *En torno a Galileo o Ideas y creencias*, de los cuales, como afirma Marcos Alonso, “se extrae todo el jugo metafísico de la nueva y mejor comprensión del fenómeno técnico a la que Ortega había llegado” (p. 87).

Pero, además de ilustrar a lo largo de la inmensa obra orteguiana la referencia explícita o implícita a la técnica, el libro que estamos examinando traza la “constelación conceptual” resultante de los acercamientos a la “La técnica como fenómeno histórico” (cf. capítulo 3, pp. 89-135) y a “La técnica como fenómeno bio-antropo-metafísico” (cf. capítulo 4, pp. 137-256). Son, claro está, dos “aproximaciones” inseparables, que sirven a un propósito de sistemati-

zación patente en la estructura dada a su estudio por Marcos Alonso.

La aproximación histórica de Ortega a la técnica se entiende dentro del marco de la misión asumida por el filósofo de atender a la circunstancia, que le impone una crítica de su época, en muchos aspectos ambivalente y tanto más accesible cuanto más se sujete a una arqueología y genealogía. “Si el proyecto filosófico orteguiano es el de comprender el presente, y el presente no es otra cosa que la crisis con que termina la Modernidad –sintetiza Marcos Alonso–, la técnica, carácter definitorio de la Modernidad, tendrá una importancia absolutamente central” (p. 123). Ortega hace entonces –como se explicita en el capítulo 3 de este libro–, una lectura del devenir histórico y de los diferentes períodos de consciencia humana de su técnica que culminará, como lo plantea *Meditación de la técnica*, en un pensamiento sobre la vida extranatural del ser humano.

La teoría orteguiana del ensimismamiento va a ser decisiva para la definición de la capacidad técnica distintiva de la humanidad, permitiendo identificar las especificidades bioantropológicas resumidas en la categoría de vida humana. Por cierto, la originalidad metafísica del ser humano es resaltada por comparaciones con otros animales que apuntan a las diferencias en cuanto a inteligencia, memoria e imaginación, y más aún al carácter de *extrañamiento*, *inadaptación*, *distanciamiento*, manifestado, según Ortega, en la pérdida de instintos del hombre originario. Buena parte del capítulo 4 está dedicada a la exposición de las posiciones orteguianas en términos de antropología filosófica y a su discusión por alusión

a autores como Hans Blumenberg y Sloterdijk. En relación con Gehlen y su defensa de la idea del ser humano como “carencial o deficitario”, Marcos Alonso se muestra especialmente afilado, fijándose en lo que le parece un “grave error de perspectiva” (p. 164): “Del mismo modo que se dice que el hombre es carencial respecto del tigre porque este posee garras y el hombre no, podríamos decir que el tigre es carencial respecto del hombre porque el hombre posee manos y dedos, y el tigre no” (p. 165). No es correcto, ni estudiar a los demás seres vivos desde las categorías humanas, ni estudiar nuestra biología desde las categorías específicas del resto de los animales, una vez que la morfología y estructura corporal corresponde a las diferentes formas de vida. Incluso Ortega, cuando se apoya en el mito del animal anómalo en la naturaleza lo hace, por un lado, para afirmar, positivamente, la superabundante memoria y fantasía del hombre y, por otra parte, “por no disponer de más y mejores datos biológicos y antropológicos en su época” (p. 167).

En sus análisis de las afirmaciones orteguianas acerca de la capacidad humana de ensimismamiento, así como sobre ciertas diferencias entre hombre y animal, Marcos Alonso no se exime de denunciar algún simplismo en la postura de Ortega (cf. p. 168, p. 182 y p. 254), aunque siempre lo estime como secundario si se compara con la importancia del descubrimiento de la interdependencia entre técnica y ensimismamiento como “clave desde la que entender el ser humano y su progresivo distanciamiento respecto de la animalidad” (p. 185). Desde luego, el nacimiento prematuro de las crías humanas, que

las distingue de los restantes animales, marca de una manera constitutiva su experiencia de un “entorno hostil” (en el cual no aparece la familiaridad que Heidegger afirmó como un *habitar* en la forma de *unidad originaria* –cf. pp. 189-192). Pues esa condición en que el ser humano nace es la misma que le impone mediar, técnica e interpretativamente, la conducta para satisfacer sus propias necesidades o, en otras palabras, “interponer entre el yo y la circunstancia una serie de instancias intermedias materiales e intelectuales que le permiten reobrar sobre dicha circunstancia” (p. 153).

El vivir como tarea de llegar a un mundo humano exige esfuerzo y tiempo, es la conquista siempre parcial de la capacidad de ensimismarse, a través de la cual un ser raro desde el punto de vista biológico puede crear una *sobrenaturaleza* protectora y hacerse históricamente a sí mismo. De ahí la idea de que *el hombre no tiene naturaleza* que Ortega, inspirado por Dilthey, repetirá en numerosos textos, aunque de forma más plena en *Historia como sistema*, de 1935. Marcos Alonso, que la considera “una de las ideas más incomprendidas de la filosofía orteguiana” (p. 194), evidencia en el respectivo rechazo del naturalismo una concepción madura, tanto de la vida como un *faciendum* que escapa a la razón físico-matemática, como del privilegio humano de “no estar anclado en un determinado ser fijo” (p. 207). Es precisamente la metáfora del “centauro ontológico”, usada en *Meditación de la técnica*, la que mejor indica la peculiaridad de un ser que, además de contar con su biología, no se restringe a un funcionamiento determinístico y desarrolla técnicas muy peculiares, que vienen a singularizar la historia humana. Por

eso, Marcos Alonso propone que se enuncie la tesis orteguiana “del siguiente modo: «el hombre no tiene naturaleza (estrictamente animal), sino que tiene (naturaleza humana, que produce) historia». Es decir, que la naturaleza humana es historia” (p. 221).

En este, como en otros contextos, el libro interpreta críticamente algunas frases de Ortega que no pueden leerse literalmente o que necesitan completarse recurriendo a explicaciones que investigaciones de paleoantropología más recientes hacen posibles. Por ejemplo, la afirmación orteguiana de que el ser humano se distingue de los animales por regir su vida por *necesidades superfluas* y no por necesidades biológicas justifica que Marcos Alonso, remitiendo a trabajos de Owen Lovejoy, Juan Luis Arsuaga, José Enrique Campillo, Jared Diamond, Frans De Waal, David Begun o Javier San Martín, sostenga una comparación entre los seres humanos y los otros animales que ni destituye a estos de capacidad interpretativa y técnica, ni aligera de carácter vital las necesidades humanas. Los datos sobre origen y evolución del ser humano proporcionados por esas investigaciones muestran la fuerza imperiosa de las necesidades derivadas de características reproductivas que “obligan a buscar un extra de provisiones y seguridad para poder sacar adelante a sus crías”. Se trata de un “extra” solo por contraste con el resto de los seres vivos, dado que para el ser humano no lo es propiamente: “Por lo tanto, las necesidades humanas son superfluas desde un punto de vista biológico general, pero para la biología humana concreta no son superfluas, sino muy necesarias” (p. 246).

Si Marcos Alonso se empeña en alertar para la simplificación hecha por

Ortega de la vida animal, tampoco ahorra elogios al filósofo que piensa el ser humano como intrínsecamente técnico, un ser histórico, *cumulativo*, capaz de, mediante distintas técnicas intelectuales y materiales, crecer en artificialidad. Una base antropológica semejante puede cundir bastante a la hora de interrogar la tecnología actual, que es lo que el capítulo 5, titulado “Ortega y los problemas tecnológicos del presente” (cf. pp. 257-302), procura realizar.

Algunas de las ideas orteguianas sobre la técnica, con sus prodigiosos inventos y también con los riesgos de un exceso de medios, son de una sugerencia increíble, y determinadas expresiones comprueban la anticipación por Ortega en cuestiones a las que nos enfrentamos hoy. Marcos Alonso, que cita la referencia del filósofo, en “Misión del bibliotecario”, a la pérdida del *sentido de lo necesario* (cf. p. 262) cuando el ser humano dispone de excesivas facilidades, subraya, por otra parte, cómo esto no conduce a una actitud tecnófoba. Antes, por el contrario, encontramos un reconocimiento criterioso del significado de los dispositivos mecánicos creados por el ser humano para facilitar el manejo de un acervo cultural que ha crecido exponencialmente desde la imprenta y la ciencia moderna. Ortega, a tantas décadas de distancia del desarrollo tecnológico que hoy testimoniamos, habla, en “Prólogo a un *Diccionario enciclopédico abreviado*”, de la importancia de futuras “máquinas culturales” y de “libros-máquinas” auxiliares de la memoria, lo que autoriza a Marcos Alonso a designar Internet como el “gran libro-máquina” (cf. p. 257), interrogando su potencialidad humanizadora, desde el punto de vista orteguiano (cf. p. 260),

aunque alertando de que “el profetismo del filósofo español no debe tomarse como alguna especie de azaroso don; es su comprensión del ser humano y su historia lo que le permitía anticipar estos desarrollos” (p. 264).

Con respecto al problema de la creación del hombre por sí mismo, Ortega parece también ser un precursor de las corrientes de transhumanismo y de la ingeniería genética. Sin embargo, su idea de *autofabricación* de la vida humana, a la que son cercanas algunas de las posturas de Blumenberg, Stiegler y Broncano en la segunda mitad del siglo XX, se mueve, insiste Marcos Alonso, “en los márgenes aceptables de la creatividad biológica” (p. 266), admitiendo que “las fronteras entre lo «natural» y lo «técnico-cultural» son mucho más débiles de lo que habitualmente se cree” (p. 278). Por consiguiente, con las propuestas orteguianas, en que puede filiarse el proyecto antropotécnico de Sloterdijk, no encajan ni las consideraciones de Habermas sobre la intervención genética, ni las posiciones transhumanistas en general, si se olvidan de pensar la técnica como parte de la vida.

El tan sugerente capítulo 5 del libro termina con la presentación de diversas lecturas del transhumanismo. Marcos Alonso se deja interpelar sobre todo por los análisis de Antonio Diéguez, pero, asumiendo una posición propia, concluye que el verdadero problema con el transhumanismo “es pensar en un aumento de las potencialidades ciego, sin propósito, ni ideal de vida al que pueda estar enfocado” (p. 295). Las cuestiones del mejoramiento no tienen sentido si no se pregunta por sus fines y no se parte de una comprensión del ser humano con su cuerpo, su circunstan-

cia, con la radicación biológica de sus atributos. En cuanto al poshumanismo, en particular, se figura absurdo en su negación del ser humano.

El pensamiento orteguiano sobre la vinculación de la técnica con la vida, en suma, no solo cimenta una filosofía de la técnica sorprendente en su precocidad,

sino que también permite aquilatar el valor para la humanidad de algunos avances recientes de la tecnología. Y el libro de Marcos Alonso, por tratar con rigor, originalidad y claridad todo el tema, junto a la invitación “a embarcarnos en nuevos e inimaginables proyectos” (p. 309), es sin duda de lectura obligatoria.

LA NACIÓN VERTEBRADA EN LA BIOGRAFÍA INTELECTUAL ORTEGUIANA

BAGUR TALTAVULL, Juan: *España como vocación y circunstancia. La idea de nación en el pensamiento y la acción política de José Ortega y Gasset*. Madrid: Dykinson, 2023, 404 p.

MARGARITA MÁRQUEZ PADORNO

ORCID: 0000-0002-1635-7106

La historia intelectual que ha cuajado con éxito en Francia, Inglaterra y Estados Unidos y que en Alemania tomó su propio rumbo con Koselleck y su historia de los conceptos, hoy internacionalmente extendida, tiene desde hace unas décadas firmes y brillantes firmas en español, por mucho que la historia social, la económica y, en definitiva, el estructuralismo de la *longue durée*, sigan marcando las líneas mayoritarias de la investigación histórica e historiográfica en la lengua más hablada en ambas orillas del Atlántico. *España como vocación y circunstancia* es un excelente ejemplo de esta escuela y su autor, Juan Bagur, un firme continuador de una corriente en la que confluyen diferentes ámbitos de conocimiento (como la historia, la filosofía, el arte, la historia cultural o la sociología) sin los cuales sería imposible profundizar en una figura tan completa,

poliédrica y compleja como la de Ortega y Gasset.

El autor convierte en libro la que fuera una brillante tesis doctoral, dirigida con maestría por Juan Pablo Fusi y Antonio López Vega, ambos grandes conocedores del filósofo y su tiempo desde el ámbito de la historia intelectual, y realiza un ejercicio brillante de traslación a la publicación definitiva despojándose de los andamios propios que un trabajo doctoral requiere, pero dejando pistas al lector para que entienda el proceso de investigación y asimilación de lo estudiado y el esfuerzo final, más en el libro que en la tesis, para adecuarlo a nuestra circunstancia actual; en sus palabras introductorias: “todo indica que el XXI sigue siendo un siglo nacionalista, o por lo menos un momento histórico en el que la globalización convive con un resurgir de este movimiento nacido en el siglo XIX” (p. 13).

Nacionalismo, porque la circunstancia orteguiana y, en el fondo, la mayor parte de su pensamiento y acción pivota sobre el concepto de España, mejor dicho, sobre la pregunta que toda la Generación de 1914 formuló: ¿qué es España? en sus diferentes ámbitos de expresión. Todos ellos reflexionaron